

ALEJANDRO GANGUI

ENTRE LA PLUMA Y EL CIELO

Ensayos e historias sobre los astros



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2016

Gangui, Alejandro

Entre la pluma y el cielo : ensayos e historias sobre los astros /
Alejandro Gangui. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Fondo de Cultura Económica, 2016.

120 p. ; 21 x 14 cm. - (Tezontle)

ISBN 978-987-719-098-4

1. Astronomía. 2. Leyendas. I. Título.

CDD 520

Diseño de tapa: Juan Balaguer

Imagen de tapa: Adaptación del fresco del techo de la Sala
del Mapamundi de la Villa Farnese, Caprarola.

D.R. © 2016, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-098-4

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Agradecimientos</i>	13
<i>Prólogo</i>	15
I. <i>Eclipses y otros imprevistos del cielo</i>	17
La batalla de dioses contra demonios por el néctar de la inmortalidad y el malvado Kala Rau.....	21
II. <i>La Vía Láctea</i>	27
La leyenda de Faetón y el carro del Sol	31
III. <i>Estrellas dobles reales y falsas</i>	37
La princesa tejedora y el boyero.....	41
IV. <i>El movimiento de la bóveda del cielo</i>	45
El gigante y el escorpión.....	51
V. <i>Las estrellas no están fijas</i>	55
La historia de Canopus, Suhel y el cruce del río celestial.....	59
VI. <i>Estrellas rebeldes (y fugaces)</i>	63
Las lágrimas de san Lorenzo	68

VII. <i>El arco diurno solar</i>	73
Los cazadores del Sol.....	78
VIII. <i>Un reloj en las estrellas del sur</i>	81
La pisada de Ammanik.....	86
IX. <i>La música de las esferas</i>	89
El sueño de Escipión.....	94
X. <i>El axis mundi en la imagen del cosmos indígena</i>	99
El derrumbe del árbol cósmico y la separación del cielo y la tierra.....	106
<i>Bibliografía</i>	109
<i>Lista de figuras</i>	113

*A todos los abuelos a quienes les gusta contar historias,
y a mi papá, que ya no está.
A mis hijos, cuyas historias y ensayos son cada vez más complejos.*

Esa noche, como todas las noches, se recostó en el césped y miró el cielo. Entre medio de sus constelaciones favoritas, soñó con otro ser, perdido allá afuera, que miraba el universo y que sentía la misma inmensidad que ella.

Y por primera vez sus preguntas enmudecieron.

VALENTINA VALENZUELA,
"El viaje espacial de Luthien"

Agradecimientos

ESTA es la parte del libro en la que uno queda bien con pocos y muy mal con muchos. Aun así, no quisiera dejar de agradecer a unos y otros por todo lo vivido y aprendido en estos últimos años. A tantas personas que me contaron historias, reales o inventadas. A mi familia, a mis colegas, a mis alumnos. A mis amigos del río, que me rescataron, como dice el poeta, del agua turbia y la correntada. A mis compañeros incansables que me llevaron por frenéticas visitas extraviadas en el altiplano chileno. A mis anfitriones y nuevos amigos de aquel hogar tinerfeño, de los volcanes lanzaroteños y de los escarpados litorales malteses. A mis pares de varios eclipses, tránsitos, analemas, oblicuidades eclípticas y de prolongados equinoccios y solsticios al rayo del Sol. Y finalmente, a aquellos que prestaron imágenes y a quienes hicieron posible este libro.

A todos ellos, mi inmensa gratitud.

Prólogo

HUBO un tiempo en el que el cielo estaba más cerca de la tierra. Eran épocas en las que las personas vivían inmersas en la naturaleza y nada de lo que sucedía a su alrededor les era indiferente. El paisaje que los envolvía entonces era verdaderamente mitad tierra y mitad cielo. Aunque de día la atención principal se concentraba en los cuatro puntos cardinales, la llegada de la noche volvía las miradas hacia lo alto, hacia esa bóveda oscura que brillaba por la presencia de innumerables puntitos lejanos de inusitado esplendor.

El temor a la oscuridad y a lo desconocido unía a los grupos humanos, y seguramente mucho tiempo antes de que se inventara la escritura, las narraciones de los ancianos aliviaban la larga espera hasta el siguiente amanecer. Como quien mira hacia el infinito para concentrarse en los detalles de lo que escucha, la mirada de aquellos primeros seres se cruzaba con el cielo. Era casi natural que mientras se conmovían con los sorprendentes relatos, sus ojos errasen por el vasto fondo oscuro de la noche percibiendo los personajes y las acciones heroicas que, de solo imaginarlos, se les iban apareciendo de la nada. Las estrellas más luminosas, la Vía Láctea, las numerosas manchas oscuras sobre ese imponente camino blanquecino, y hasta las débiles estrellas que parecían repentinamente precipitarse hacia la tierra, eran

todos elementos que, lentamente, venían incorporados en las historias.

Nos es difícil hoy saber qué fue lo primero: si fue la narración mitológica la que halló sustento eterno en el cielo (quizá la leyenda de Faetón), o bien si ciertos elementos sorprendentes de la bóveda nocturna (por ejemplo, el gran río celestial) despertaron la imaginación de personas que volcaron su percepción de esos fenómenos en forma de historias y leyendas. Lo más probable es que ambos caminos se hayan desarrollado juntos, alimentándose y enriqueciéndose mutuamente, hasta llegar a nosotros hoy, cientos y a veces miles de años más tarde, sin que jamás podamos averiguar qué o quién ofreció la primera semilla que luego creció en lo que es la historia que aquí vamos a contar.

Porque, en efecto, este es un libro de historias. Es un libro que recoge algunas de las más llamativas narraciones procedentes de los cuatro rincones de la Tierra como solo pudieron imaginarlas aquellos que decidieron elevar sus ojos hacia lo más alto concebible, el cielo. Pero nuestro propósito no termina aquí, pues antes de cada narración, y acompañándolas, hemos incluido breves ensayos “científicos” que desarrollan alguno de los múltiples aspectos de los relatos. Aunque a veces las fronteras entre ensayo e historia se vuelven borrosas —quizá porque el autor no tenía suficiente paciencia como para concluir uno antes de comenzar la otra—, esperamos que la combinación de ambos nos ayude, por un lado, a humanizar la ciencia del cielo y, por el otro lado, a mostrar que, a veces, la observación atenta de la naturaleza se convierte en una inigualable fuente de inspiración para dar a luz a algunas de las más maravillosas historias que la imaginación humana ha sabido concebir.

I. Eclipses y otros imprevistos del cielo

Los eclipses de Sol y de Luna acaecidos recientemente nada de bueno nos presagian. El amor se entibia, la amistad se extingue, se dividen los hermanos; en las ciudades, rebeliones; entre los Estados, discordias; traición en los palacios.

WILLIAM SHAKESPEARE, *El rey Lear*,
acto 1, escena 2

LA VIDA está llena de sorpresas. El cielo lejano, en cambio, nos parece siempre igual. Cuando nuestros problemas, los apuros y otros eventos cotidianos nos desbordan, miramos hacia arriba, hacia el cielo. Ese intangible fondo celeste de día, o de oscuridad profunda y repleto de estrellas de noche, nos tranquiliza. Y su quietud nos permite reflexionar, tomar un respiro, apoyarnos en su constancia para recomenzar.

Pero a pesar de la aparente regularidad del cielo, en su seno también ocurren eventos inusuales. Una densa lluvia de meteoros puede sorprendernos en la noche cerrada de un día de campo. Cada tanto, un cometa se presenta inesperadamente en el cielo vespertino y cruza el firmamento con su larga cola, brillante por el Sol, para luego de algunos meses desaparecer por siempre en el espacio profundo.

En ese mismo firmamento, tan rígido y tan “firme” en el ordenamiento de sus astros, dos o más planetas pueden aparecer muy juntos en una conjunción temporaria, y días más tarde alejarse cada uno por su camino. La misma Luna, en su recorrido por el cielo, de vez en cuando tapa con su silueta a alguna estrella brillante o incluso a algún planeta. Y por algo más de una hora, esos puntitos de tenues colores desaparecen de nuestro campo visual.

Más sorpresa quizá nos genera el tinte rojizo de la Luna llena, cuando nuestro carismático satélite natural se esconde en la sombra de la Tierra y ya no refleja la luz del Sol. A ese evento acostumbramos llamarlo eclipse de Luna, cuando la sombra de nuestro planeta va cubriendo lentamente el disco de la Luna pero nuestra atmósfera permite que algunos rayos solares, teñidos de rojo, lleguen a decolorarla.

Por fin, sin duda el más inquietante de los fenómenos astronómicos que conocemos sucede cuando es la Luna la que eclipsa completamente al Sol. En plena luz del día, en cuestión de minutos, la luz ambiente se desvanece con velocidad, y el paisaje pierde nitidez, sumergiendo a la naturaleza en un vibrante azul oscuro metalizado.

En los últimos minutos previos a la *totalidad* del eclipse comienzan a notarse efectos extraños. A veces pueden distinguirse las *bandas de sombra*, que son franjas de luz y sombra, débiles, paralelas y ondulantes, que avanzan raudamente sobre superficies planas y claras, resultado de la distorsión de los rayos solares en las irregularidades de la atmósfera terrestre.

Al propio tiempo la temperatura desciende en algunos grados. Fauna y flora reaccionan ante la oscuridad creciente. Ciertas flores se cierran y los animales se comportan como cuando cae la noche: las aves lentamente se posan en las ramas de los árboles.

Justo antes del recubrimiento total del Sol, el fino segmento de luz se divide en una serie circular de “perlas” resplandecientes, como en un collar, llamadas “cuentas de Baily”, en honor al astrónomo inglés que primero las describió. Este hermoso espectáculo, producido gracias a los últimos destellos de los rayos solares al atravesar los espacios entre las colinas del borde lunar, desaparece luego de unos segundos.

Figura 1



Todas las joyas brillantes se desvanecen; todas menos una. Este último rayo solar nos llega al mismo tiempo en el que el “aura” de la corona, esa región del Sol con temperaturas de hasta el millón de grados, despliega toda su magnificencia. Juntos forman lo que los cazadores de eclipses dieron en llamar el efecto *anillo de diamante*. Un nuevo pestañeo de ojos y la totalidad comienza.

Hoy los eclipses —especialmente los eclipses totales de Sol— son fenómenos que los astrónomos esperamos con impaciencia. Pero hace muchos años, estos eventos generaban sensación de extrañeza y de incertidumbre. Muchos de estos espectáculos sorprendivos del cielo eran vistos como calamidades y representaban malos augurios.

Lo inexplicable y lo sorprendente tenían mucho que ver; todo apartamiento del orden natural del cielo desequilibraba a pueblos y a gobernantes, pues atentaba contra el orden cósmico. Pero finalmente el orden se restablecía, al cabo de pocos meses en caso de la visita de algún cometa, al cabo de algunos minutos para un eclipse total de Sol. Y desde siempre, las costumbres de los pueblos fueron tratar de apurar el alivio, y conjurar el peligro.

En la China antigua se creía que un dragón invisible devoraba al Sol. Por eso se desataba un fragor de tambores y miles de arqueros de la corte disparaban sus flechas hacia el firmamento, para así aterrorizar a la bestia y restablecer la luz del día. Lo que fue dragón en China, en Vietnam fue una gigantesca rana, y un mítico hombre lobo en la antigua Serbia. Fue un vampiro en Siberia y, para los guaraníes de Argentina y de Paraguay, fue nada menos que *yaguá hovy*, el jaguar mitológico que devoraba al Sol.

Vamos a contar ahora una historia sobre eclipses que pertenece a la tradición hindú antigua de la isla de Bali, en Indonesia, y que se inspira en el Mahábharata, historia de reyes, sabios, dioses y demonios, la gran epopeya mitológica de la India.

LA BATALLA DE DIOSOS CONTRA DEMONIOS
POR EL NÉCTAR DE LA INMORTALIDAD
Y EL MALVADO KALA RAU

En el origen de los tiempos, los dioses y los demonios eran todos mortales. Para ellos, el mundo constituía su eterno campo de batalla y aquel grupo que venciera en la contienda sería su dueño absoluto.

Con el correr de los siglos, los dioses, a quienes los antiguos hindúes llamaban devas, veían declinar sus fuerzas. Muy debilitados y antes de ser vencidos por los demonios, a quienes llamaban asuras, decidieron pedir ayuda a Vishnú, el gran preservador, uno de los tres dioses supremos de la tradición hindú y fuente del orden cósmico. Aquellos que siempre habían formado parte de la asamblea celestial parecían ahora estar muy necesitados de la *amrita*, el néctar de la inmortalidad.

Viendo tan ansiosos a los dioses, Narayana (que es uno de los mil nombres de Vishnú) le dijo a Brahma:

—Haz agitar el océano junto a los devas y los asuras. Al hacerlo obtendréis *amrita*, al igual que todas las drogas y gemas que preciséis. ¡Oh, dioses, batid el océano y descubriréis *amrita*!

En aquella época, existía un monte llamado Mandara, adornado con picos altos como las nubes. Era la mejor de las montañas y estaba completamente cubierta por hierbas entrelazadas. Allí, una infinidad de aves derramaban sus melodías, y deambulaban animales de presa. Los dioses también visitaban sus laderas.

Ese monte se elevaba 11.000 yojanas (esto es, más de 100.000 kilómetros) y descendía otro tanto. Los dioses querían desenterrarlo y usarlo como una barra para batir el océano, pero al no poder hacerlo, volvieron a acudir a Vishnú y a Brahma:

—Oh, dioses, considerad alguna forma de desplazar a Mandara por nuestro bien —les dijeron.

Vishnú y Brahma asintieron, y Vishnú, el dios de los ojos de loto, encomendó el duro trabajo al poderoso Ananta, el príncipe de las serpientes. Ananta arrancó entonces la montaña de su lecho, junto con sus bosques y todas las bestias que allí vivían.

Los dioses, seguidos por la serpiente y su inmensa carga, llegaron a la orilla del océano y así le hablaron:

—Oh, Océano, hemos venido hasta aquí para agitar tus aguas y obtener el néctar.

Y el océano les respondió:

—Que así sea. Soy capaz de soportar la prodigiosa agitación de mis aguas que ocasione la montaña.

Los dioses fueron entonces a ver al rey de las tortugas y así le hablaron:

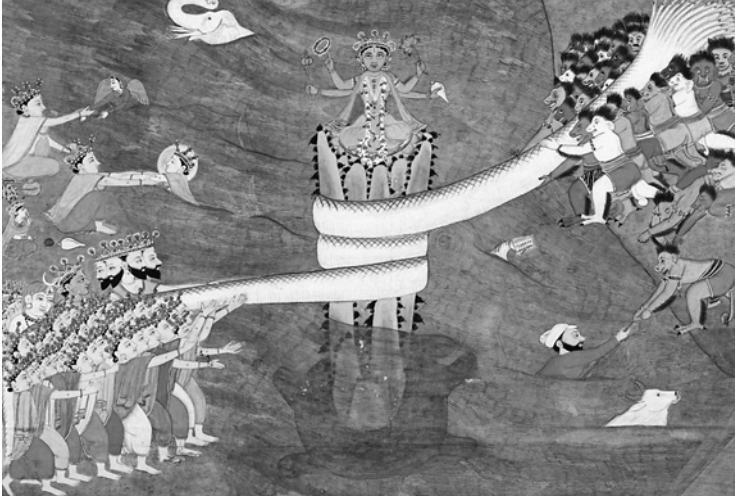
—Oh, rey, tú tendrás que soportar el peso de esta montaña en tu espalda.

Este aceptó, y el rey de los dioses, Indra, se las arregló para colocar la montaña sobre el caparazón de la gran tortuga.

Es así que devas y asuras enrollaron a la serpiente Vasuki alrededor del monte Mandara, para poner a este en rotación, y de ese modo lo convirtieron en la barra central de la batidora del océano, con Vasuki en el lugar de la cuerda. Los asuras se aferraron a la cabeza de Vasuki, y los dioses, a su cola. Ananta, el príncipe de las serpientes, se ubicó al costado e, intermitentemente, ayudaba a elevar y a bajar la cabeza de Vasuki.

Como resultado del estiramiento a manos de demonios y dioses, las fauces de Vasuki comenzaron a despedir humo negro y llamas. Estas se convirtieron en nubes con relámpagos que provocaron intensas lluvias que refrescaron a los dioses, ya cansados de tanto jalar. También cayeron sobre ellos las flores de los árboles que duramente se aferraban a la montaña giratoria.

Fue entonces que, de las profundidades, vino un tremendo rugido, similar a ese sonido de las nubes de la Disolución Universal. Diversos animales acuáticos, aplastados por el peso de la montaña, surgieron como

Figura 2

fantasmas en las aguas saladas. Muchos habitantes de las regiones más profundas del reino de Varuna, dios del océano, fueron masacrados. Grandes árboles con sus aves se vieron arrancados de raíz de las laderas de Mandara y cayeron en el océano. La propia fricción de esos árboles ocasionó incendios. La montaña se convirtió en una densa masa de nubes oscuras que se iluminaba por los frecuentes relámpagos. El fuego se extendió, consumiendo leones, elefantes y otras criaturas que vivían en la montaña.

Más tarde, Indra extinguió el incendio derramando fuertes lluvias sobre las laderas de la montaña. Los zumos de las hierbas y las múltiples resinas de los árboles fluyeron hacia las aguas del océano. Al mezclarse con estas y junto al exudado de oro fundido, estos jugos habrían de adquirir el poder del elixir, y a través de ellos los dioses alcanzarían la inmortalidad.

Por la agitación del monte Mandara, el agua del océano se convirtió en una sustancia lechosa, y de esa leche surgió la manteca mezclada con

las esencias más finas. Fue entonces que los dioses le hablaron a Brahma, quien concede los beneficios, y le dijeron:

—Señor, estamos exhaustos, ya no poseemos la fuerza para continuar agitando las aguas. El ansiado néctar no aparece, ya no nos queda recurso, sino acudir a Narayana.

Al escucharlos, Brahma dijo a Narayana:

—Oh, señor, dignate otorgar a estos dioses la fuerza para continuar agitando las profundidades.

Entonces, Narayana respondió a las súplicas:

—A vosotros, sabios individuos, os otorgo la fuerza que precisáis. Id, colocad la montaña en posición y agitada las aguas.

Restablecidas sus fuerzas, devas y asuras recomenzaron a batir las aguas. Al tiempo, la suave Luna de los mil rayos emergió del océano. Luego surgió Lakshmi, la diosa de la belleza y de la fortuna, vestida de blanco. Más tarde Soma, la diosa de la Luna, y enseguida un corcel blanco, ancestro de todos los caballos. Por último, surgió del océano Kaustubha, la joya celestial que embellece el pecho de Narayana.

Veloces como la mente, Lakshmi, Soma y el corcel fueron al encuentro de los dioses y permanecieron con ellos. Luego surgió de esas mismas aguas el divino Dhanwantari, el médico de los dioses, sosteniendo en sus manos una vasija blanca llena de *amrita*, el néctar de la inmortalidad. Al verlo, los asuras clamaron en gritos:

—¡Es para nosotros!

Fue entonces que apareció el gran elefante Airavata, de ancho cuerpo e inmenso par de colmillos, y con él Indra, el que gobierna el relámpago.

Pero la agitación de las aguas continuó y de ellas surgió Kalakuta, un virulento veneno que de pronto envolvió toda la faz de la Tierra y comenzó a brillar como un fuego que despidе humo. El mundo tembló ante su terrible presencia y entonces Shiva, el dios destructor, por pedido de Brahma, engulló el veneno para salvar a la Creación.

Al ver todo esto y con desesperación, los asuras se aprestaron para la guerra contra los dioses, con la intención de poseer a la diosa Lakshmi

y la *amrita*. Fue entonces que Narayana usó sus poderes y se convirtió en una joven atractiva y tentadora, que comenzó a coquetear con los danavas, una de las razas de los demonios allí presentes. Danavas y daityas, que eran otra raza de los asuras, perdieron la cabeza por la joven, cuya gracia y exquisita belleza hizo que unánimemente cedieran la vasija con el néctar a las manos de la damisela.

Mientras los demonios se aprestaban para la guerra, Vishnú retomó su identidad y dio de beber de la vasija primero a los dioses. Pero uno de los danava, llamado Rahu, se dio cuenta del engaño y tomando el aspecto de un deva, logró infiltrarse en la hilera de los dioses y, sin permiso, beber la *amrita*.

Sin embargo Suria, el dios del Sol, y Soma, la diosa de la Luna, lo reconocieron e inmediatamente avisaron a Narayana, quien cortó con su afilada espada la bien adornada cabeza de Rahu. Pero unas pocas gotas del néctar de la inmortalidad ya habían llegado a la garganta del demonio...

Su inmensa cabeza, parecida al pico de una montaña, se elevó entonces hacia el cielo y comenzó a emitir una serie de llantos espantosos. El tronco de su cuerpo decapitado, en cambio, cayó hacia la Tierra y, al rodar por su superficie, hizo que temblaran sus montañas, islas y bosques.

Los antiguos habitantes de la isla de Bali, en Indonesia, sin duda influenciados por este relato épico del Mahábharata, pensaban que el malvado Kala Rau (la versión local del demonio Rahu) fue quien pudo beber el néctar de la inmortalidad y quien fue sorprendido luego por Vishnú. En la historia, su cuerpo decapitado muere, pero su cabeza se hace inmortal gracias a las gotas de elixir que tragó.

Pero Kala Rau jamás olvida a sus enemigos, los dioses Suria y Soma, quienes lo delataron. Y desde entonces su cabeza ha estado persiguiendo al Sol y a la Luna por todo el cielo, tratando de alcanzarlos y de devorarlos.

A veces lo logra, y es entonces que los habitantes de Bali observan un eclipse de Sol o uno de Luna. En un eclipse parcial, el demonio los atrapa con sus dientes, pero los gritos y las demostraciones rituales de

la gente de la Tierra logran asustarlo y hacer que libere a los astros. Con ocasión de eclipses totales de Sol o de Luna, el demonio logra devorarlos. Pero sus desapariciones duran poco tiempo, pues el cuello del malvado Kala Rau fue seccionado por la espada de Vishnú y entonces los astros engullidos reaparecen luego de una breve ausencia a través de su garganta abierta.